

Víctor M. Castillo Farreras

Los caminos del mundo náhuatl

Clementina Battcock



HECHO EN
HISTÓRICAS



Años
80
DE HISTORIA

INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Víctor M. Castillo Farreras
Los caminos del mundo náhuatl



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 2024



Coordinación de la colección **HECHO EN HISTÓRICAS**
Berenice Alcántara Rojas

Cuidado de edición
Ónix Acevedo Frómata

Revisión de textos
Ónix Acevedo Frómata
Mari Carmen Sánchez Uriarte

Concepto gráfico de la colección, diseño,
formación y portada
Ónix Acevedo Frómata

Primera edición: 2024

D. R. © 2024, Universidad Nacional
Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n,
Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510. Ciudad de México

ISBN 978-607-30-9848-9

Imagen de portada: *Códice Florentino*,
Vol. 3, Libro XI, folio 62v.

Se permite la reproducción del contenido
citando la fuente. Este es un libro gratuito y
puede ser distribuido y compartido libremente.

[Battcock Clementina, *Victor M. Castillo
Farreras: los caminos del mundo náhuatl*, México,
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas, 2024]

Hecho en México

Contenido

-
- 4** **Introducción**
-
- 6** **Víctor M. Castillo Farreras:**
abrevar los senderos de un legado
-
- 10** **Conocer la lengua:**
hacer historia desde el náhuatl
-
- 13** **Procurar el estado del arte:**
la “bibliografía náhuatl” de los 60’s
-
- 16** **Repensar la semántica de lo inaugural:**
Chimalpain, la guerra y Azcapotzalco
-
- 18** **Desafiar el *corpus*:**
los caminos nahuas en la obra sahumantina
-
- 21** **Polemizar las maneras de pensar el tiempo:**
el bisiesto náhuatl
-
- 26** **La modelación intelectual de lo corpóreo:**
las unidades nahuas de medida
-
- 29** **Registrar para comprender:**
la relación tepapulca
-
- 32** **Categorizar para pensar:**
el historiador y los manuscritos
-
- 35** **Epílogo:**
el aporte histórico como encomienda intelectual
-
- 37** **Artículos comentados**
-
- 38** **Bibliografía**

Introducción¹

Ojos inquietos, mirada curiosa, una personalidad imparabile y exasperante. Ternura y odio. Pasión ilimitada e inagotable. Estas son mis primeras referencias e imágenes para tratar de describir al Dr. Víctor M. Castillo Farreras. Es difícil poder expresar en palabras y esbozar la importancia que tuvo él en muchas de las generaciones que transitamos en sus cursos, tanto en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, como el seminario de Posgrado que dictaba junto al Maestro Martínez Marín.

A más de dos décadas de haber llegado a México desde Argentina para realizar mis estudios de posgrado en la UNAM, la figura icónica y profunda de Víctor M. Castillo Farreras se me presenta y me increpa, una vez más, al escribir hoy estas líneas sobre sus artículos en la *Revista de Estudios de Cultura Náhuatl* del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.² Sin embargo, pienso que referirme sólo a estos textos es acotar la figura de este gran investigador, por ello propongo, y busco la complicidad de la lectora/del lector, para acercamos a leer o releer sus artículos, pero sin dejar de lado otras facetas de él: pensarlo como un curioso innato, un crítico implacable, como la presencia incómoda, su andar lento, su mirada inquieta, sus silencios tan agudos como sus intervenciones, su compromiso con el conocimiento, el amor fiel e incondicional a su familia. Un fumador empedernido. Nunca lo vi ni sumiso, ni indiferente a la realidad universitaria, nacional e internacional; por el contrario, leía todo (casi como con síndrome de abstinencia), periódicos o noticias diariamente y se apasionaba en acaloradas discusiones consigo mismo.

Si algo caracterizaba al historiador Castillo era su interés por aprender. Curioso hasta sus últimos días, se interesaba en el uso de nuevos programas de cómputo,

- 1 Agradezco la generosidad que Elisa Speckman, directora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, y Berenice Alcántara Rojas, investigadora de esta misma institución, tuvieron para con mi persona en su amable invitación para formar parte de esta colección. Expreso mi absoluto reconocimiento a su labor y al cuidado de la memoria institucional de este importante centro de estudios históricos para la academia mexicana.
- 2 La emblemática revista académica rindió un homenaje al Dr. Víctor M. Castillo Farreras en su número 62, publicado en el segundo semestre de 2021. En ella se compilaron tres invaluable textos para conmemorar su vida: un obituario, escrito por el Alfredo López Austin, una bibliografía realizada por Guilhem Olivier, y la única entrevista realizada al historiador Castillo, titulada por Salvador Rueda Smithers como “Víctor M. Castillo Farreras: recapacitar y profundizar en la historia”. Véase “Homenaje a Víctor Manuel Castillo Farreras”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 62, 2021, p. 15-37.



en el celular inteligente, en la “nube”, el Uber, y su gusto por el Zoom (de más está decir que los “memes” o el Whatsapp no eran para él un lenguaje ajeno, ni extraño). El maestro –así lo llamaron/llamamos sus colegas, estudiantes y amigos–, generaba siempre dudas a las certezas que cada uno formulaba, puedo decir que casi era un juego para él: no dejaba de preguntar, en cada exposición en su seminario de Posgrado en Estudios Mesoamericanos o en su curso de Lengua Náhuatl del Colegio de Historia: “¿por qué ‘esto’?... y ¿por qué lo ‘otro’?”, acompañando sus supuestas preguntas “inocentes” con cara de una poca creíble ingenuidad.

Tras terminar sus clases, partía raudo cruzando los pasillos rumbo a su cubículo del Instituto de Investigaciones Históricas. Siempre me dio la impresión de que “algo” había en esos dos cubículos que ocupaba en el final del pasillo del tercer piso, es decir, nunca dejé de sentir que eran su refugio, su espacio, donde fumaba, tomaba café, venía una ardilla, lo visitábamos sus estudiantes, sus colegas y amigos. Ese espacio –en aquel sorprendente caos o desorden de libros, diccionarios, papeles y objetos varios, cafetera incluida, junto a ese pequeño pizarrón que tenía colgado junto a su escritorio– fue para el maestro un lugar donde podía trabajar cada día, de lunes a viernes de 9 a 13:30 horas, con sus incomodidades intelectuales como una crítica implacable con respecto a polémicas universitarias pasadas y presentes, pero sobre todo con las “palabras”.

Los textos que he seleccionado son una pequeña muestra de sus fructíferas investigaciones durante décadas y de libros esenciales para la comprensión del complejo mundo mesoamericano. Su interés nunca cesó, todo lo contrario, en los últimos veinte años que estuve a su lado, pude observar, con un enorme esfuerzo de pasar inadvertida, cómo se enfrascaba obsesivamente en traducciones de la lengua náhuatl, en palabras, conceptos y términos, que quizás pensábamos como claros, pero que su examen riguroso y erudito evidenciaba y nos enfrentaba, y enfrenta, al largo camino que aún debemos transitar.

Estoy segura de que si Víctor leyera las anteriores líneas no le gustarían nada, pero nada de nada. Y me lo dejaría bien claro: la nostalgia no era de su agrado. Sin embargo, también sé que la siguiente sección, donde examino sus textos en *Estudios de Cultura Náhuatl*, sería un lugar donde él estaría plenamente feliz, porque a le gustaba ser increpado en sus trabajos. Por ello, sin más preámbulo, ni vueltas, pasemos a reflexionar sobre sus estudios.

Víctor M. Castillo Farreras: abreviar los senderos de un legado

La reflexión historiográfica de un legado intelectual como el producido por Víctor M. Castillo Farreras nos conduce a lugares de exploración crítica que alientan otras formas de observar e interpretar las fuentes manuscritas de tradición nahua, las cuales fueron creadas durante los siglos XVI y XVII en el Altiplano Central Novohispano.

La prolija, rigurosa y metódica crítica hermenéutica que Víctor M. Castillo aplicó a las fuentes nahuas posee, en primer lugar, una mirada de amplitud histórica que converge en considerar las autorías de estos manuscritos en relación con la composición intelectual de las sociedades que les dieron origen. Es decir, que los manuscritos no son referentes estáticos que refieren pasivamente un acontecimiento pretérito, así como el historiador no es un ente que carece de tópicos que le provoquen pasión o aversión. Esta es una inquietud historiográfica que resultó ampliamente divulgada en los estudios históricos occidentales tras los procesos sociales derivados de la Segunda Guerra Mundial, y que cobraron mayor sentido a la luz de las posturas políticas que cimbraron la vida social en la década de los sesenta, ya bien entrada la Guerra Fría. Como detalle no menor, cabe recordar las reflexiones mismas sobre el concepto de historia, escritas por Walter Benjamin en pleno desarrollo del devastador conflicto de los años cuarenta: “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino el que está lleno de ‘tiempo de ahora’”.³

En primera instancia, los manuscritos nahuas novohispanos son testimonios que fueron forjados en escenarios virreinales cambiantes y en disputa, en donde los conflictos interpretativos deben ser atendidos a la luz de un nutrido complejo de intereses dirigidos a explicar un pasado político, cultural y económico, en este caso prehispánico. Hay que considerar la intención en la creación de estos manuscritos: desde exponer cierta legitimidad en un reclamo, hasta promover condiciones políticas que reconociesen a los autores como referentes de autoridad en el contexto virreinal.⁴

3 Véase Walter Benjamin, *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia y política*, Introducción y traducción de Bolívar Echeverría, Ciudad de México, Editorial Itaca, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008, p. 51.

4 Este plano de intereses es, quizá, el tópico que mayor pasión despertó entre los historiadores de mediados de siglo XX. La ruptura con la “sacralidad” del registro oficioso, el cuestionamiento directo de la autoridad escriturística del registro, y el discernimiento crítico de la obtención de “datos duros”, legó un complejo teórico que precisó de “restituir” (nunca de forma total) los conocimientos de un autor dentro de su contexto. A ello, R.

Sin embargo, esto no los exime de albergar un trasfondo epistémico que remite a la comprensión de categorías utilizadas por las sociedades nahuas antiguas. Estos son registros que, a la luz de cuidadosos criterios de análisis, pueden sistematizarse argumentalmente para explicar ese pasado que, cualquiera que sea el caso, nos está vedado como totalidad absoluta. Además, a ello habría que sumar que muchos de esos manuscritos resistieron el proceso colonizador en buena medida por un utilitarismo europeo o, en su defecto, un *anticuarismo* exotizador, que les conservó, glosó e, incluso, engendró desde su origen esta documentación al calor del innegablemente violento reordenamiento social del virreinato novohispano.

Es incuestionable la atención que Víctor Castillo Farreras puso sobre las discusiones historiográficas de mediados del siglo xx en México, leyendo las propuestas que se hacían sobre las formas de conceptualizar el tiempo en las sociedades antiguas, los cambios que se produjeron en las formas de narrar el pasado prehispánico bajo los conflictos virreinales, y las maneras en que se entramaba el aparato ideológico del mundo mesoamericano.⁵ Sin embargo, y sin demeritar los trabajos contemporáneos suyos, Castillo dirigió sus indagatorias hacia un nodo interesante: la relación entre el mundo material, la producción, sus necesidades, y su expresión concreta dentro del *corpus* documental del pensamiento náhuatl.

Bajo tales lineamientos, Víctor Castillo procuró ser siempre enfático en señalar que las limitantes de los *tlacuilos* supervivientes, de los funcionarios reales, o de los cronistas indígenas de los siglos xvi y xvii que produjeron estas fuentes no son, bajo ninguna causal, las limitantes interpretativas de las y los historiadores contemporáneos, a pesar de los vagos esfuerzos intelectuales que buscan aún demostrar que el pasado prehispánico es una absoluta invención de un pensamiento medievalista. Algo hay del imaginario europeo, por supuesto que sí, pero tampoco podemos caer

G. Collingwood enunció: “Toda historia es la historia del pensamiento. Pero ¿cómo discierne el historiador los pensamientos que trata de descubrir? Sólo hay una manera de hacerlo: repensándolos en su propia mente. El historiador de la filosofía, al leer a Platón, lo que trata es de saber qué pensaba Platón al expresarse con esas palabras [...] El historiador no se limita a revivir pensamientos pasados, los revive en el contexto de su propio conocimiento y, por tanto, al revivirlos los critica, forma sus propios juicios de valor, corrige los errores que pueda advertir de ellos”. R. G. Collinwood, “Epilegómenos”, *Idea de Historia*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 295.

5 Sin buscar ser incisiva en las formas en que Castillo leyó a sus contemporáneos, no puedo dejar de lado su contenido conocimiento sobre las labores intelectuales de Ángel María Garibay K., Edmundo O’Gorman, Wigberto Jiménez Moreno, Robert H. Barlow, Alfredo López Austin, entre otros historiadores mexicanos de mediados del siglo XX. Por supuesto, hago esta pequeña mención sobre las propuestas de la época sin ser exhaustiva, pues sólo Castillo conoció de los tiempos y las formas en que él comprendió a sus colegas.

inocentemente en la penuria abatida de una erradicación epistémica absoluta de la cosmogonía conquistada.

A lo largo de cuatro siglos y medio, centenas de autores buscaron reordenar ese pasado prehispánico: a veces haciéndolo para personificar la dimensión histórica de la autoridad política (como la documentación ordenada por el virrey Mendoza), o bajo el horizonte epistémico de algunas otras que buscaron establecer un procedimiento escriturístico para afirmar la existencia social de un grupo cultural a través del tiempo (como en el caso de los resquebrajados herederos de las casas nahuas antiguas, como Alvarado Tezozomoc o Chimalpain).⁶ De ahí que, como base disciplinar inspirada por el trabajo de Castillo Farreras, entendamos que toda necesidad de historiar responde a tiempos e intereses diversos, y las variables que pudiesen provocar errores, omisiones (e intromisiones) interpretativas son de naturaleza distinta.

La operaciones historiográficas contemporáneas no pueden sólo encadenarse irremediamente al problema de los criterios selectivos del registro, ni tampoco puede extrapolar la “generación de narrativa” como una descarga de conciencia sobre la incidencia de su labor en la discursividad de lo real. Tampoco podrá el especialista en historia estancarse cómodamente en especificar los contenidos fragmentarios de una fuente o *hiperespecializarse* para abandonar la responsabilidad disciplinaria del análisis holístico.

Bajo tales impedimentos, la práctica inmediata en la que se comprueban los criterios formativos y disciplinares de las y los especialistas en historia, se fundamenta en la selección del *corpus* documental adecuado, así como en la implementación de un método comparativo, o de contraste interpretativo, de la información entre registros (considerando aquella proveniente de diferentes disciplinas académicas). Estas labores, expresadas arduamente en cada uno de los partes en los que colaboró el profesor Castillo Farreras desde la década de los sesenta, resultan esenciales para abrir paso a las nuevas corrientes historiográficas que, a la vez que señalan su complejidad, también se rehúsan a cierto “purismo” que “sacraliza” una supuesta

6 Respeto aquí la ortografía que el Dr. Castillo Farreras estableció para referir al cronista chalca novohispano: “En octubre de 1888 [Rémi] Siméon terminaba la introducción de sus *Annales*, publicados en 1889. He suprimido la h del nombre Chimalpahin porque además de superflua, él mismo fue inconstante en su grafía”. Véase Víctor M. Castillo Farreras, “Los manuscritos de París”, *Manuscritos mexicanos perdidos y recuperados*, Clementina Battcock, Rodrigo Martínez Baracs y Salvador Rueda Smithers (coords.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2019, p. 79-92.

“excepcionalidad” del registro; ya que el reto crucial para articular una interpretación sobre el pasado siempre es la sistematización del “dato”.

En suma, tras esta breve disertación introductoria a los tiempos disciplinares en los que Víctor Castillo escribió sus textos, a continuación exploraré algunos de sus aportes a través de la selección de ocho textos que publicó en *Estudios de Cultura Náhuatl* a lo largo de una década (entre 1966 y 1976), subrayando su vigencia, así como las posibles líneas de investigación que actualmente siguen siendo plausibles para dar continuidad a su legado intelectual, siendo esta la mejor manera de rendir homenaje a un académico que dedicó su vida entera a la investigación y a la enseñanza de las formas de hacer historia en torno al pasado nahua.

Conocer la lengua: hacer historia desde el náhuatl



Víctor Castillo Farreras, “Las partículas del náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Víctor M. Castillo, Karen Dakin y Roberto Moreno, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 6, 1966, p. 187.
<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78577>

La línea de investigación que se hizo presente a lo largo de la vida académica de Víctor M. Castillo Farreras fue la continua problematización historiográfica de la lengua náhuatl. Si bien tenemos circulando entre nosotros valiosos ejercicios de traducción lingüística que él hizo de obras en particular,⁷ esta preocupación es inherente a toda su producción académica, atendiendo los elementos morfológicos de las palabras en náhuatl, así como las potenciales polémicas que pueden generar sus significados a la luz de lo que los autores de este artículo consideraron como una labor planteada alrededor de tan solo un “reducido acervo de palabras simples, especialmente de sustantivos” proveniente de los manuscritos virreinales.⁸

La revisión morfológica y sintáctica de este náhuatl virreinal escrito es un trabajo constante, y necesario, para la construcción de un complejo interpretativo coherente que, si bien se construye desde un ámbito disciplinar ajeno (y no por ello más alejado de la materia del tiempo, de “lo historiable”), fortalece los andamiajes discursivos sobre los cuales la historia, la antropología (y me atrevería a decir que el resto de las ciencias sociales) construyen sus modelos analíticos de estudio. Es decir, que las disciplinas que estudian los fenómenos socioculturales de los seres

7 En particular, véanse sus ediciones a Chimalpain, las cuales ya se encuentran libres por los medios digitales de la UNAM: *Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuānītzin, Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, ed., estudio, paleografía, versión del náhuatl, notas, cuadros, índice analítico y map. de Víctor M. Castillo Farreras, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991.

 <https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/memorial/culhuacan.html>
Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuānītzin, Primer amoxtli libro. 3ª Relación de las Diferentes Histoires Originales, ed., estudio, paleografía, versión del náhuatl y reproducción de glifos de Víctor M. Castillo Farreras, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997.

 <https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/329/amoxtli.html>

8 Víctor Castillo Farreras, “Las partículas del náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Víctor M. Castillo, Karen Dakin y Roberto Moreno, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 6, 1966, p. 187.

humanos dependen en gran medida de una *decodificación* lingüística que les permita acceder al universo de *lo existente* en el momento que se encuentran analizando.⁹

En este caso, Castillo Farreras y sus colegas Dakin y Moreno de los Arcos, se ocupan de sistematizar un análisis sobre lo que ellos consideran como una “lengua *polisintética*”,¹⁰ definición que los autores entendieron como la característica de una lengua que tiene un número notable de opciones para asignar significados diferentes siguiendo las normativas de sus expresiones lingüísticas. En suma, estamos condicionados a una buena comprensión del código de la lengua nahua (sujeto además a una mirada censataria y colonialista que lo reubica dentro de la práctica de registros europeos) para validar nuestros argumentos interpretativos sobre su pasado, para lo cual es necesario un dedicado procedimiento hermenéutico que sea cuidadoso del complicado ejercicio de traducción de un universo cultural de una lengua que se desarrolló en un mundo que era ajeno al pensamiento castellano, y que fue alfabetizada a través del modelo de escritura castellano.

Este esfuerzo, siempre circunscrito a las experiencias previas, a la reelaboración conceptual y a los prejuicios interpretativos que los autores accionaron al momento de concretar discursivamente (en una palabra escrita alfabéticamente) una categoría del universo náhuatl, fue atendido por Castillo Farreras en el texto “Las partículas del náhuatl”, el cual firmó con Karen Dakin y Roberto Moreno de los Arcos en 1966.

Como mencionan los propios autores en la introducción al texto, este ejercicio intelectual trató de dotar a los estudios históricos y lingüísticos de un andamiaje conceptual relacionado exclusivamente a los adverbios y adjetivos del náhuatl, señalando los problemas que, en ese entonces, se tenían con el poco *corpus* de sustantivos localizados en las fuentes.

Si bien las partículas lingüísticas se tomaron desde la siempre socorrida obra de fray Alonso de Molina,¹¹ resulta especialmente relevante la interrelación que los autores utilizaron para construir estas entradas desde una perspectiva que estimó

9 La variable de los tiempos para el estudio de la lingüística, y lo humano, se debatirá con prolijidad tras los estudios estructuralistas de la lengua. En particular, tomará una especial relevancia a partir de los polémicos entretelones abiertos por lo que hoy conocemos como el “giro lingüístico”. Véase a Emile Benveniste, “El lenguaje y la experiencia humana”, en *Problemas de Lingüística General*, México, Siglo XXI Editores, 1999, pp. 70-81.

10 Víctor Castillo Farreras, “Las partículas del náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Víctor M. Castillo, Karen Dakin y Roberto Moreno, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 6, 1966, p. 187.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78577>

11 Una revisión a la construcción histórica de esta obra referente para el trabajo con el idioma náhuatl virreinal se encuentra en el trabajo de Miguel León Portilla, “II. El Vocabulario de fray Alonso de Molina”, *Obras de Miguel León Portilla. Tomo VI. Lingüística*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010.

aún más posiciones morfosintácticas que otros autores estudiosos del náhuatl utilizaron en sus disertaciones, abarcando un periodo tan diverso de propuestas lingüísticas que van desde las de Faustino Chimalpopoca, hasta aquellas realizadas por contemporáneos suyos como Ángel María Garibay K. o Miguel León Portilla.

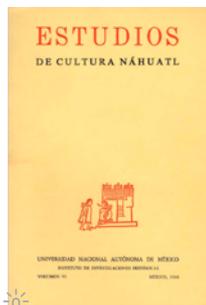
Estas consideraciones de tan amplia mirada histórica fueron en su momento una sobresaliente contribución a las discusiones lingüísticas que, pasada la mitad del siglo XX, tuvieron un enorme despliegue intelectual que anudó esfuerzos para resituar la traductibilidad del idioma náhuatl. Despliegue que, pasados más de cincuenta años de aquel momento, rindió sus frutos, pues hoy nos resulta cotidiana la colaboración con lingüistas en espacios académicos que polemizan y debaten a menudo las labores historiográficas actuales.¹²

 https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545/545_05_03_vocabulario.pdf

12 Una síntesis de los enfoques y debates en torno a la traducción de la lengua náhuatl virreinal durante el siglo XX puede encontrarse en Jerónimo Emiliano, “Los cantares mexicanos y el problema de la traducción en las lenguas indígenas”, en *Página Salmón*, no. 11, mayo-julio 2019.

 <https://paginasalmon.com/2019/07/24/los-cantares-mexicanos-y-el-problema-de-la-traducion-en-las-literaturas-indigenas-por-jeronimo-emiliano/>

Procurar el estado del arte: la “bibliografía náhuatl” de los 60’s



Víctor M. Castillo Farreras, “Bibliografía náhuatl: 1960-1965” *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 6 (1966), p. 227-261.

<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/issue/view/5861/264>

En el mismo año en que se publicaron las “partículas del náhuatl”, Víctor M. Castillo Farreras reunió una lista bibliográfica de 450 entradas de textos publicados entre 1960 y 1965, como una manera de complementar dos entregas anteriores publicadas en *Estudios de Cultura Náhuatl*, que revisaron la producción intelectual generada en la década de los años cincuenta.

Este ejercicio permite revisar la abundante producción de la época con respecto a las fuentes nahuas virreinales, además de observar el creciente interés mundial sobre la materia. El texto es más que un ejercicio compilatorio: constituye un ejemplar esfuerzo colaborativo. Para ese entonces, esta contribución resultaba de extrema ayuda para quienes incursionaban en los estudios de la cultura náhuatl. Para reconocer la relevancia de estas entregas, tendríamos que situarnos en una dinámica académica absolutamente distante de la que hoy tenemos entre colegas: un mundo en el que la informática era apenas algo lejano y deseable, producto del sueño de algún bibliófilo deseoso de conocer las más profundas bibliotecas de las universidades de los cinco continentes.

Además, en la bibliografía se hace patente la inquietud del profesor Castillo Farreras por construir modelos de comprensión interdisciplinar. Si bien años más adelante se concretarían los esfuerzos historiográficos de Castillo para incorporar en sus análisis elementos propuestos por varias disciplinas comprendió, desde un primer momento, la necesidad de mantenerse constante en la lectura de la producción de la academia arqueológica mexicana, en particular de los trabajos de Jorge Acosta en Teotihuacán y en Tula,¹³ de Ignacio Bernal (específicamente de dos bibliografías sobre códices y etnografía mesoamericana, temas de sumo interés para

¹³ Jorge Acosta, “La decimotercera temporada de exploración en Tula, Hidalgo”, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, col. XVI, núm. 45, México, 1964, p. 45-76; y *El palacio de Quetzalpapalotl*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964.

los intereses de Castillo, como veremos más adelante),¹⁴ y de Alfonso Caso, quien durante aquel lustro publicó la segunda edición del ahora mundialmente conocido *Pueblo del Sol*, además de sus esfuerzos epigráficos relacionados a las estelas de Xochicalco y a la identificación de especies de hongos en los códices de tradición mesoamericana.¹⁵

De esta revisión, hay un punto que despierta especial atención: el señalamiento que hace Castillo Farreras en la bibliografía, más como una invitación implícita, a un diálogo interregional con el resto de conocimientos que se está produciendo sobre otras áreas mesoamericanas. A estas entradas les colocó un asterisco a un lado con la intención de dilucidar estas salidas “fuera” del Altiplano Central.

Por otro lado, y bajo una aguda mirada histórica, a partir de esta bibliografía es posible reconstituir un momento de la academia dedicada a los estudios de la cultura náhuatl. Por un lado, es evidente el trabajo que se realiza en la academia mexicana, que alimenta publicaciones como el *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, *Tlalocan* o la propia *Estudios de Cultura Náhuatl*. Pero también la edición de códices o crónicas por parte de editoriales como Porrúa, el Fondo de Cultura Económica, la UNAM (bajo el sello de la colección de la Biblioteca del Estudiante Universitario), o el propio Instituto Nacional de Antropología e Historia nos brinda algunas certezas sobre el emprendimiento editorial al concretar la circulación social impresa en tipografía moderna de estos antiguos manuscritos.¹⁶

De igual manera resultan relevantes en esta lista los trascendentales estudios de figuras como René Millón, Charles E. Dibble y Jaqueline de Durand-Forest, los cuales no están escritos en español y son una pista a seguir con respecto al enfoque historiográfico que se aplicó a la historia nahua en otros países durante estos años.

14 Ignacio Bernal, *Bibliografía de arqueología y etnografía de Mesoamérica y Norte de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962; y “Publicaciones recientes de códices mexicanos”, *Cuadernos Americanos*, vol. 135, núm. 4, México, 1964, p. 206-209.

15 Alfonso Caso, *El pueblo del Sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962; y “Representaciones de hongos en los códices”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 6, 1963, p. 27-35.

16 En ese lustro se publicaron ediciones del *Códice Borgia*, comentarios de E. Seler, 3 vols., Fondo de Cultura Económica, 1963; *Códice Laud*, introducción, selección y notas por Carlos Martínez Marín, edición fototípica en blanco y negra, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1961; de la crónica de Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de México*, edición y prólogo de Mariano Cuevas, edición del original escrito en castellano por el autor, México, Editorial Porrúa, 1964; de la crónica de Alonso de Zurita, *Breve y Sumaria Relación de los Señores de la Nueva España*, prólogo de Joaquín Ramírez Cabañas, México, UNAM, 1963; y de la obra de fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, selección, introducción y notas de Miguel León-Portilla, México, UNAM, 1963.

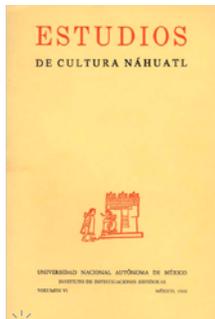
También hay que mencionar las cuantiosas entradas que Castillo Farreras registró sobre la producción de Ángel María Garibay K., Laurette Séjourné, Miguel León Portilla, Eduardo Noguera, Carlos Martínez Marín, Alfredo López Austin, Wigberto Jiménez Moreno y Robert H. Barlow, a quien se le publicaron varios textos en *Tlalocan*, *Estudios de Cultura Náhuatl* y la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, aunque ya había pasado una década de su deceso. Es decir, este texto, además de mostrar la composición bibliográfica de los estudios sobre el mundo náhuatl, hoy día también constituye una potencial entrada a un análisis sobre la conformación de una comunidad académica a mediados del siglo XX.¹⁷

17 En ese sentido, a partir de un estudio histórico sobre la documentación escolar de estos años, se ha identificado un “núcleo” de esa comunidad a partir de los grupos de estudio del náhuatl de Robert Barlow en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en los años 40 del siglo XX. Véase: Clementina Battcock y Jhonnatan Zavala, “Robert H. Barlow y sus estudiantes: memorias andantes de un archivo vital sobre la formación antropológica en México”, *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, Argentina, vol. 12, núm. 2, 2022.



<https://journals.openedition.org/corpusarchivos/5812>

Repensar la semántica de lo inaugural: Chimalpain, la guerra y Azcapotzalco



Víctor M. Castillo Farreras, “Un preámbulo a la guerra de Azcapotzalco”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 7, 1967, p. 211-223.
<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78559>

Tras las dos publicaciones anteriores, Castillo Farreras dio a conocer una traducción de la crónica en náhuatl que Chimalpain realizó de la guerra que los mexica-tenochca y los tetzcocanos hicieron contra los tepanecas.¹⁸ Sin embargo, esta traducción no fue tomada de un ejercicio paleográfico que partiese del documento *original* manuscrito, sino de una edición publicada en Stuttgart en 1958, lo cual nos da signos de las limitantes al acceso a las fuentes manuscritas en aquellos años.¹⁹

En la argumentación introductoria, Castillo Farreras señaló la intención de Chimalpain de sentenciar sus dichos como una especie de “prólogo” al acontecimiento histórico. Con ello, el cronista de tradición chalca construye una narrativa que anuda las discrepancias y conflictos iniciales de los portentosos señores de distintas ciudades (en particular Maxtla, Itzcoatl y Nezahualcoyotl) que derivarán ineludiblemente en el estratégico enfrentamiento bélico que involucró prácticamente a toda la cuenca lacustre del Altiplano Central mesoamericano, lo cual Castillo Farreras define como un “punto de saturación de un momento dado de la historia”.²⁰

Como el historiador Castillo advierte en su breve nota previa a la traducción del texto del cronista chalca Chimalpain, en el relato se exagera la tensión y angustia que se da entre el grupo tenochca tras la muerte del *tlahtoani* Chimalpopoca. Aunque también se deja una nota marginal que sirve de entremés a la alianza

18 Víctor M. Castillo Farreras, “Un preámbulo a la guerra de Azcapotzalco”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 7, 1967, p. 211-223

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78559>

19 La edición utilizada para esta traducción fue: *Domingo de San Antón Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Diferentes historias originales*, f. 90v-94r. Tomado de *Das Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan, and weitere ausgewählte Teile aus deu Diferentes historias originales* (Ms. Mexigain N° 74, Paris), aztekischer Text mit deutscher Übersetzung von Welter Lehmann and Gerd Kutscher, Stuttgart. W. Kohlhammer Verlag, 1958, p. 155-162.

20 Víctor M. Castillo Farreras, “Un preámbulo a la guerra de Azcapotzalco”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 7, 1967, p. 211.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78559>

venida que habrá de derrotar a Maxtla, el gobernante tepaneca: “Año 13-Caña, 1427. En este año vinieron a entrar a Tenochtitlan los aculhuas de Tetzcoco”.²¹

Tras la narración del tributo y la humillación que Maxtla hizo con los tenochcas, Chimalpain entretejió la algarabía de la batalla en el noroccidental barrio mexicana de Cuepopan en 1-Pedernal, 1428, dejando en claro la llegada de los de Tlacopan y Tetzcoco para reafirmar la victoria sobre Maxtla.²² Quiero hacer notar que el texto deja una inquietante afirmación a considerar en el estudio de los símbolos rituales de la guerra entre los nahuas ya que, según esta narración, el señor de Azcapotzalco, Maxtla, fue sacrificado, pero no murió.²³ Al final de este relato seleccionado por Castillo, se le mencionó llorando.

Por otro lado, es notable que, a través de estos tres primeros artículos en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Castillo se ocupó de nutrir la discusión sobre las obras nahuas, sus tópicos y problemas, desde la construcción de un estado del arte actualizado, pasando por la identificación de un *corpus* lingüístico más preciso, que permitiese ejercicios de traducción más acabados.

Con dichas tareas, Víctor M. Castillo Farreras se propuso potenciar el diálogo entre los académicos que trabajaban los antiguos manuscritos virreinales nahuas con la finalidad de escudriñar los registros sobre el pasado prehispánico del Altiplano Central. Además, resulta consistente que a raíz de la publicación de este extracto de la narrativa de Chimalpain, el propio Castillo acrecentase sus inquietudes sobre la elaboración de cuidadosas ediciones de diferentes crónicas indígenas a partir de los *originales* manuscritos.

²¹ *Ibíd.*

²² Sobresale aquí la llegada a Tenochtitlan de Axolohua, mujer principal acolhua, probablemente a concretar una alianza matrimonial entre mexicana-tenochcas y tetzcocanos, pues se describe su intención de “vivir sobre la tierra” con Huitzilopochtli. *Ibíd.*, p. 216.

²³ *Ibíd.*, p. 217. He dedicado un estudio pormenorizado a la construcción signica de Maxtla como arquetipo del mal gobernante. Véase: Clementina Battcock, “Aspectos simbólicos, representaciones y significaciones de las diferentes muertes de Maxtla: una propuesta de análisis”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 40, enero-junio 2009, pp. 215-234.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/17824>

Desafiar el *corpus*: los caminos nahuas en la obra sahumantina



Víctor M. Castillo Farreras, “Caminos del mundo náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 7, 1968, p. 175-187.
<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78543>

El siguiente artículo, publicado en 1969 en *Estudios de Cultura Náhuatl*, apuntó a elaborar una aguda crítica de fuentes tomando por objeto las menciones que el fraile franciscano Bernardino de Sahagún hizo en relación con los caminos que comunicaban los antiguos señoríos prehispánicos del Altiplano Central.

En primera instancia, Castillo Farreras señaló un problema nodal en la lectura y la interpretación de la obra sahumantina: las divagaciones argumentales que cada tanto se encuentran en la correlación entre los encabezados y los contenidos de su *Historia General de las Cosas de Nueva España*.

En definitiva, como afirmó Castillo, sería estéril buscar en estas “desviaciones” argumentos para desacreditar la atención que Sahagún puso en la discursividad de su obra, pues en primera instancia Sahagún era un religioso evangelizador que finalmente incorporó diferentes temáticas al punto clave que le ocupaba: la descripción de estas poblaciones para procurar su salvación cristiana dentro de la fe católica.

En lo tocante a los caminos, Sahagún se planteó generar una descripción sobre su calidad (entendido esto como una argumentación sobre su planificación, materiales y uso cotidiano), pero finalmente sólo terminó ofreciendo una visión parcial relacionada con los caminos que los religiosos utilizaron para la evangelización.

En ese sentido, este “sesgo” es comprensible debido a que el evangelizador desarrolló su descripción narrativa en relación con su propia experiencia y la de sus correligionarios, por lo cual resulta importante considerar que su bagaje con respecto a este tema responde, literalmente, a sus propios pasos andados sobre territorio novohispano, así como a la utilización prioritaria de determinadas vías para interconectar los poblados durante el sometimiento de los territorios.²⁴ De ahí que quizá a Sahagún le pareció un poco irrelevante dar cuenta de aquellas que no fuesen de utilidad para los misioneros.

²⁴ *Ibíd.* p. 176.

Para complementar estas informaciones sahaduntinas, Víctor M. Castillo intercaló algunos argumentos que él encontró en otros manuscritos virreinales (como la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* del soldado Bernal Díaz del Castillo) para ahondar en el análisis interpretativo sobre los antiguos caminos prehispánicos, los cuales en su mayoría fueron reutilizados durante las primeras décadas de las expediciones de Conquista y de los indígenas aliados o sometidos.

Como bien enunció Castillo, los conquistadores que dejaron memorias de sus andanzas no dieron abundantes testimonios en lo referente a los caminos, e inclusive discrepan en sus descripciones sobre las principales calzadas que identificaron como accesos al entorno urbano.²⁵ Empero, Sahagún sí recogió en sus obras dos vocablos que señalaban otras vías distintas a las principales (denominadas como *uchpantli*): el *ichtaca uhtli* y el *icxiuhtli* serían descritos como caminos peligrosos, engañosos y poco transitados,²⁶ los cuales –me atrevo aquí a conjeturar– quizá fueron conocidos por los propios conquistadores, y tal vez sólo fuesen utilizados en momentos en que las tropas temían a una emboscada por la vía del camino principal (también denominado como *uhquetzalli*, es decir, como un camino nuevo, precioso y limpio).²⁷

Sin embargo, y aquí es donde se acrecienta la imperiosa (y siempre necesaria) duda historiográfica: poca es la información relativa a los caminos conforme las narraciones se alejan de las poblaciones ribereñas nahuas de Tenochtitlan. Es plausible que los caminos rodeasen montañas y pasos difíciles, adquiriendo esa connotación simbólica (y calendárica) vinculada a la serpiente (*coatl*) y a lo vital, por su aspecto alargado y ondulante. De ello resultó que los comerciantes y los viajeros relacionaran la fecha calendárica 1-serpiente (*ce coatl*), como un momento propicio para iniciar sus recorridos.

Además, Castillo Farreras asumió, a partir de las disertaciones hechas ya por Alfredo López Austin,²⁸ que los especialistas religiosos de las sociedades prehispánicas tomaron la fecha *ce coatl*, y la categorización simbólica de los propios caminos, para equiparlos con las venas de un cuerpo humano. Castillo Farreras formuló entonces una traducción alterna de *ce cóatl ica apantihuitz*, *tzonilpitiuitz*, mencionándola como: “por 1-serpiente (el camino), viene ciñéndose, viene atándose el ca-

25 Víctor M. Castillo Farreras, “Caminos del mundo náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 7, 1968, p. 178.

26 *Ibid.*, p. 180.

27 *Ibid.*, p. 181.

28 Alfredo López Austin, “Términos del nahuatlahtolli”, *Historia Mexicana*, V, XVII, núm. 1, 1967, p. 13, 28.

bello”.²⁹ Es decir, esta equiparación de los caminos con el cuerpo humano se vincula a espacios por los que fluía aquello que, efectivamente, era vital tanto para el organismo individual, como para la sociedad.

También es necesario sostener el señalamiento que Castillo hace hacia la innegable conveniencia del grupo pochteca de mantenerlos seguros y transitables,³⁰ absolutamente apoyados por la fuerza militar bajo las órdenes tenochcas que mantenían el rápido y eficaz dominio sobre el territorio.³¹

Es decir que, como bien explicita el perspicaz Víctor M. Castillo, si bien los caminos nahuas no eran tan portentosos (en gran medida debido a la forma de entender el comercio, la guerra, y la misma geografía en la que habitó su sociedad) como los *sacbe’ob* mayas o el *qhapaq ñan* inca, es claro que estas vías funcionaban correctamente para el tránsito de mercancías y tributos, así como para la veloz actuación de las fuerzas guerreras en caso de que fuera necesario su desplazamiento hacia algún territorio en conflicto.

A lo anterior también debo añadir la atenta ocupación que Castillo Farreras tuvo con la inclusión de los textos en náhuatl con los que trabajó al final de sus disertaciones, en este caso, las infalibles líneas tomadas del *Códice Florentino*.³² En el pensamiento de Castillo Farreras resulta irremediamente indisoluble la relación entre la labor historiográfica y la reflexión sobre la lengua, incluyendo los fragmentos completos en sus artículos para dotar al lector de la fuente que el autor consultó, y de ser posible, animarle a elaborar sus propios aportes.

29 Víctor M. Castillo Farreras, “Caminos del mundo náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 7, 1968, p. 181.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78543>

30 Sobre la posición social de este grupo en el orden social tenochca, véase a Miguel Pastrana Flores, “La pochte-cáyotl”, *Noticonquista*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.

 <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/2473/2470>

31 *Ibíd.*, p. 182-183.

32 La edición que Castillo utilizó del Florentino fue: *Florentine Codex, Book II-Earthly Things*, translated from Aztec into English, with notes and illustrations, by Arthur J. O. Anderson and Charles E. Dibble, Santa Fe, New Mexico, The School of American Research and The University of Utah, 1963.

Polemizar las maneras de pensar el tiempo: el bisiesto náhuatl



Víctor M. Castillo Farreras, “El bisiesto náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 9, 1971, p. 75-104.

<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78528>

Dos años después de presentar sus argumentos sobre los caminos prehispánicos del altiplano, Víctor M. Castillo Farreras presentó, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, una serie de propuestas para pensar el modelo de calendario que rigió a los pueblos del Altiplano Central mesoamericano durante el periodo Posclásico.

Tras realizar una breve descripción monográfica sobre el *Tonalpohualli* –calendario religioso de 260 días– y el *Xiuhpohualli* –calendario solar de 365 (o 6) días–,³³ profundizó sobre la relación entre ambos modelos. Más allá del dato empírico común, consistente en la relación cultural que los grupos humanos tenemos con los cambios estacionales de clima, Castillo Farreras concretó este argumento colocando datos etnográficos que precisan las fiestas patronales religiosas de varios pueblos contemporáneos. Es decir, la idea de la festividad siempre en relación con el trabajo agrícola, como ocurre, citando uno de los ejemplos expuestos por Castillo, el 15 de agosto (fiesta de la Asunción de la virgen María) en Calpultitlán, Estado de México, cuando se colectan las mejores cañas para ofrendarlas a la figura sagrada.

Para precisar su argumento, Castillo Farreras enunció que no está colocando sobre la mesa la idea de que el actual calendario religioso sea un símil del uso de los calendarios prehispánicos, sino que el pensamiento ritual (identificado en el periodo Posclásico del Altiplano Central con el *Tonalpohualli*) está vinculado a las costumbres generacionales relacionadas con el paso del tiempo y el trabajo sobre la tierra en varias comunidades que habitan el territorio del modelo de estudios mesoamericanos.³⁴

No es que los campesinos contemporáneos a la escritura de este artículo fuesen especialistas en los calendarios prehispánicos, sino que, ante la desaparición de los *tlatimime* (los especialistas religiosos en la categorización del tiempo), los traba-

³³ Víctor M. Castillo Farreras, “El bisiesto náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 9, 1971, p. 75-77.

³⁴ *Ibid.* p. 81

jadores campesinos de algunas culturas mesoamericanas preservaron una cosmovisión que posee una relevante composición de subsistencia económica y social que se ha enfrentado a adversidades y adaptaciones para sostenerse en el presente. En sus propias palabras:

Entonces, si el *tlamatini* fijaba con exactitud el año con sus días y veintenas, al campesino no le quedaba sino tomar como puntos de referencia cualesquiera de las festividades que se repetían invariablemente en el transcurso de los años. Siendo participante en ellas durante toda su vida –como actor y espectador al mismo tiempo–, necesariamente construirían fuertes vivencias y, por lo mismo, referencias temporales para sus actividades habituales.³⁵

Ante el postulado anterior, se entiende que los agricultores poseen un conocimiento transgeneracional de su entorno, el que es aplicado consistentemente en tanto que emprenden sus labores en el campo en relación con su propia forma cultural de percibir el tiempo y, con ello, caracterizando un sistema social de producción. De ahí que sus actividades estén sincronizadas con las del resto de la sociedad, pues a partir de sus labores se hacen posibles los tiempos en que hay mercado, los tiempos en que se consumen ciertos productos, así como los ya mencionados ciclos de fiestas.³⁶ En síntesis, Castillo Farreras asumió que los campesinos poseen referentes temporales que van mucho más allá de los fines de cómputo especializado del tiempo, y que lo ponen en práctica directamente en el significado social de sus actividades. De ahí que, con la evangelización católica, la celebración del santoral cristiano se adaptase a estos ciclos agrícolas.

Ante esta interesante exposición, considero pertinente señalar la convicción teórica con la que Castillo Farreras formuló esta propuesta, precisando su concepción con respecto al trabajo, a la visión ideológica del campesinado, y a la necesaria obtención de productos para reconstituir año con año la estructura de la sociedad. Por otra parte, el autor también afirmó que el apego de los campesinos a la cuenta

³⁵ *Ibíd.* p. 83

³⁶ Esta relación entre la obtención de productos y el desarrollo de actividades culturales ha sido bien identificada por los trabajos antropológicos. Por ejemplo, para Malinowski la forma de contar el tiempo estará a disposición de las condiciones ecológicas que permitan a un grupo disponer de un producto. Véase: Eliseu Carbonell Camós, “Malinowski: el cómputo del tiempo como reflejo de las condiciones ecológicas”, *Debates acerca de la antropología del tiempo, Estudis d’antropologia social i cultural*, 10, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona, 2004, p. 37-43.

del tiempo y a su reproducción intelectual se debía a que vivían una y otra vez estas experiencias. Es decir, explica la permanencia de estas costumbres a partir de la supervivencia vital del grupo. En suma, el historiador se plantea desde cierto tipo de materialismo una respuesta dialéctica, y no determinista, de la estructura cultural, asunto por demás valioso dado el contexto académico de la década de los sesenta y setenta en México.³⁷

Retomando las aseveraciones de Castillo, al argumentar su postura con respecto al año bisiesto entre los pueblos nahuas, el historiador retoma un pasaje del *Códice Florentino* en donde curiosamente se menciona que, en la última fiesta del año, dedicada a Xiuhtecuhtli durante el periodo Izcalli, Sahagún registró que “en el cuarto año se hace grande”, utilizando el término *mohueichihua*, que significa “se hace grande” o “se agranda”.³⁸

Castillo Farreras comienza su análisis observando la dificultad de afirmar el hecho concreto al que se refiere esa expresión: si era la fiesta misma la que tenía una mayor afluencia o fastuosidad o, si acaso, como él sospecha, se refiere a que la celebración se extendía temporalmente. En cualquier caso, lo único seguro es que la fiesta cada cuatro años tenía un cambio sustancial, una forma extraordinaria en la que se realizaba.

A partir de las reflexiones sobre la palabra *mohueichihua* nos encontramos nuevamente con el método interpretativo que será característico del proceso de análisis de Víctor M. Castillo: la cuidadosa lectura de los vocablos en náhuatl para develar sus potenciales significados en sintonía con los estratos sociales y culturales que nombraba esa lengua.

37 Sobre los debates de la época, véase a Ángel Palerm, *Antropología y Marxismo*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Iberoamericana, Universidad Autónoma Metropolitana, 2008.

 https://www.ciesas.edu.mx/publicaciones/clasicos/Libros_CCA/antropologiy marxismo.pdf

38 Víctor M. Castillo Farreras, “El bisiesto náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 9, 1971, p. 84.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78528>

Otro sentido de traducción se ofrece en el trabajo de María José García Quintana, “Paleografía y traducción del décimo tercer capítulo del libro I del *Códice florentino* que trata del dios Xiuhtecuhtli”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 47, 2014.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/77745>

Sin embargo, como se verá delante, el sentido semántico del vocablo, y su función social, hacen sentido con el resto de la traducción que propone Castillo Farreras.

Dando continuidad con su lectura, el historiador identifica en su artículo momentos clave inscritos en la narrativa del *Florentino*, los cuales testifican sobre los espacios más importantes de la festividad:

- Cuando ya va a amanecer
- Cuando llegó la medianoche
- Cuando apuntó el alba, cuando ya clarea
- Cuando amaneció
- Cuando ya asciende el Sol

Al seguir este orden de lectura, en donde se indica la salida del Sol en al menos dos momentos, Castillo lo usa para argumentar que la festividad duró más de veinticuatro horas, prolongándose un día solar más... pero no considerado así en la propia cosmogonía nahua.³⁹

Es decir, a pesar de observar la salida del Sol en dos ocasiones, el pensamiento nahua observaba esta festividad como la continuidad de un día largo, en sintonía con la continuidad de una misma celebración que acrecentaba su esplendor, en la cual la población bebía pulque para alterar su manera de sentir el transcurrir de la celebración.⁴⁰ En síntesis, el último día de Izcalli duraba 48 horas, aunque no como dos días, sino que era concebido de manera distinta al alterar la conciencia social durante la celebración

Para finalizar el artículo, Castillo Farreras se encaminó a tratar de reflexionar lo referente al año en que se daba el bisiesto, esto siguiendo la secuencia de “portadores anuales” del periodo Posclásico en el altiplano: *Calli*, *Tochtli*, *Acatl*, y *Tecpatl*. Si bien trató de establecer la correlación con el calendario juliano a partir del 13 de agosto de 1521, fecha del sometimiento de Tenochtitlan (*3-calli*, *1-coatl*) encontrándola asentada en manuscritos como los de Sahagún y los *Anales de Tlatelolco*, el propio autor sostiene que deben localizarse más datos para precisar el año correspondiente al bisiesto, aunque cree que muy plausiblemente este corresponda siempre al año *tecpatl*.⁴¹

39 Víctor M. Castillo Farreras, “El bisiesto náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 9, 1971, p. 87.

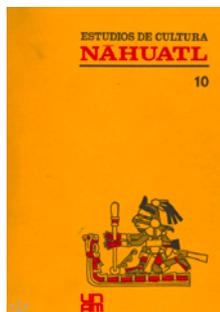
40 *Ibíd.* p. 88.

41 *Ibíd.*, p. 99.

El cierre de este artículo propone una reflexión sensata sobre el método comparativo entre las fuentes históricas, la aseveración de la información y la comprobación de su validez a partir de su registro en varios manuscritos a los que se les confiere autoridad argumental. Sin embargo, cabe sostener la duda sobre la comprensión misma de ese cómputo del tiempo ajeno para los cronistas europeos, así como a la pericia de los escribanos indígenas para precisar un significado temporal comprensible para el lector europeo.

En suma, un complejo escenario de traductibilidad epistémica que se hace patente a lo largo de todos los registros novohispanos de los siglos XVI y XVII concernientes a narrar el pasado prehispánico. De ahí que, quizá, en la mente de don Víctor existiese una duda persistente con respecto al sistema de registro calendárico nahua: ¿es el tema del tiempo un problema interpretativo o uno de cuantificación de datos en registros “verificables”? Una duda vigente que despierta aún apasionados debates en los estudios mesoamericanos.

La modelación intelectual de lo corpóreo: las unidades nahuas de medida



Víctor M. Castillo Farreras, “Unidades nahuas de medida”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 10, 1972, p. 175-223.
<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78507>

En 1972, Víctor M. Castillo Farreras presentó un arriesgado estudio en el que cruzó una buena cantidad de manuscritos novohispanos para dar con las unidades de medida nahuas, esto a pesar de que algunos cronistas novohispanos negasen su existencia. Esta dedicación de Castillo Farreras sobre lo concreto, lo cuantificable, pone de manifiesto su inclinación por identificar en la discursividad nahua de las fuentes una plataforma de información dura, de difícil traducción, pero no imposible de llevar al campo del rigor interpretativo.⁴²

Castillo consideró desde un inicio que las medidas nahuas existían, pero que no estaban definidas intrínsecamente a partir de elementos exactos, sino que en ello también importaban factores sociales como “la buena voluntad” o la vigilancia de autoridades en los mercados, condensados estos propósitos en la frase *in cualli, in yectli*; “lo conveniente, lo recto”.⁴³

Los términos que consigna fray Alonso de Molina en relación directa con las medidas de peso nahuas, parecen ser todos meras traducciones aproximadas que no se sistematizan para brindar una idea de la “escala” con la que se relacionan. Así, *tlaoctacatloni*, vocablo que el fraile vierte como “peso o balanza”, hace referencia más bien al instrumento modelo longitudinal usado para medir.

Por otra parte, Molina consigna *tlatamachihua* y *nenehuilia* como la acción de “pesar en balanza”, no obstante que el primero alude a la medición de alguna cosa sin especificar en qué sentido, y el segundo al acto de nivelar o de igualar, simplemente. A estos vocablos, el franciscano añadió *pexohuía*, término que traduce con “pesar algo con peso”, aunque puede ser considerado como henchir o rebosar (aunque, como señala Castillo, cabe la posibilidad de que *pexohuía* también sea un

42 Víctor M. Castillo Farreras, “Unidades nahuas de medida”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 10, 1972, p. 195-202.

43 *Ibíd.* P. 198. Esta aseveración, circunscrita a un pacto social de “buena voluntad”, aparece también en el estudio etnográfico practicado en el siglo XX a comunidades zapotecas por Julio de la Fuente y Bronislaw Malinowski, *La economía de un sistema de mercados en México*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1957, p. 120.

hibridismo derivado del español).⁴⁴ Resulta claro entonces que la consignación de estas palabras en los registros virreinales se debió a que al menos su semántica –relacionada con la idea de “comparar y comprobar” una cualidad de un objeto– resultaba más o menos apegada a la nueva realidad colonial.

Por otra parte, en las palabras analizadas a lo largo del artículo por Castillo Farreras, las referencias al cuerpo humano, a su resistencia o a su mera composición anatómica, son constantes. Esto resulta evidente, por ejemplo, en el caso de la carga (*tlamamalli*) que un *tlameme* –a la postre *tameme*–⁴⁵ puede llevar a costas durante una jornada (precisada por vocablos como *cennecehuilli*, “descanso”, y *cennetlalolli*, “carrera”,⁴⁶ sentido que se preservó como una parte sustancial del trabajo con el que se realizó el reordenamiento de la economía novohispana tras el sometimiento castellano.

Sea como fuere, al ser una medida que aparentemente dependía de la resistencia de un *tlameme*, se sostiene en la indefinición histórica. Lo que concluye Castillo es que, ante la necesidad de contar con estándares para el trabajo colonial, se estableció su equivalencia con “media fanega” castellana. Aunque de esta precisión hay datos diversos: como que la carga de un *tameme* que portaba mantas equivalía a 20, mientras que la carga de cacao correspondía a 24,000 granos. En síntesis, es difícil establecer una relación de múltiplos y submúltiplos de la *tlamamalli*, pues sus dimensiones dependerían del producto que albergase.⁴⁷ Lo que es seguro, es que esta contabilidad resultaba estratégica para la economía de los territorios sometidos a la llamada “Triple Alianza”.⁴⁸

Volviendo a las referencias al cuerpo humano, Castillo retomó a fray Alonso de Molina para establecer en su artículo un pequeño sistema de medidas de longitud. Además de considerar al franciscano, Castillo generó una amplia –y muy bien

44 Víctor M. Castillo Farreras, “Unidades nahuas de medida”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 10, 1972, p. 202.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78577>

45 *Ibíd.*, p. 203.

46 *Ibíd.* p. 202-203.

47 Esta ambigüedad sobre la capacidad en elementos centrales para la economía nahua se encuentra también en el *cuezcómatl* (depósito o albergue de distintos productos) confrontando datos tomados por Sahagún en su *Historia General de las cosas de la Nueva España* (que fijó la capacidad del *cuezcómatl* en 2000 fanegas) y la *Matrícula de tributos* (que la fijó en 5000 fanegas). *Ibíd.* p. 207

48 Un reciente y muy interesante trabajo interpretativo que profundizó en la representación gráfica nahua y su relación con lo cuantificable puede encontrarse en Albert Davletshin y Alfonso Lacadena García-Gallo, “Signos numéricos y registros de cuenta en la escritura jeroglífica náhuatl”, en *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 49, pp. 301-328.

 <https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/64973>

polemizada— crítica de fuentes en las que consideró interpretaciones ya hechas a los documentos nahuas virreinales, como las del lexicógrafo alemán decimonónico Rémi Siméon, de Manuel Orozco y Berra o de su contemporánea historiadora sueca Birgitta Leander, entre otros trabajos en lo que se apoyó para generar su propia consideración con respecto a la equivalencia del vocablo nahua en sistema métrico decimal. Así entonces, el *cemmatl*, que se establecía con la distancia del “pie izquierdo a la mano derecha alzando el brazo”,⁴⁹ (medida que Fernando de Alva Ixtlilxóchitl correlacionó con varas para describir el palacio de Nezahualcoyotl Acolmiztli en Tetzco),⁵⁰ le fijó en 2.50 m;⁵¹ el *Cemyollotli*, la distancia de la mano hacia el corazón, en 0.9 m (una quinta parte del *Cemmatl*),⁵² y el *cemmacolli*, un brazo extendido del hombro a la mano, en 0.80 m.⁵³

Para finalizar su enriquecedor y ambicioso texto, el historiador Castillo nombró diversos utensilios físicos utilizados para medir, pero cuya composición es mucho más difícil de precisar históricamente, como el *tlalcuahuatl*, o el *tlayeyecoloni*; cuya relevancia debió ser absolutamente necesaria para trazar con precisión las tierras de labor agrícola en el sistema económico nahua.⁵⁴

La agudeza metodológica que emplea Castillo Farreras a lo largo del texto es de una rigurosidad hermenéutica importante entre las que destacan varios elementos: la comparación lingüística entre distintos manuscritos, la compilación de las interpretaciones y medidas hechas por cronistas y estudiosos de los siglos XIX y XX, la construcción del sentido semántico de las palabras, y la ubicación contextual de las partículas lingüísticas, considerándolas siempre dentro del campo hipotético de su uso social e identificándolas como elemento discursivo y práctico del sistema cultural nahua. Sin dudas, un reto epistémico importante y de muy relevantes resultados.

49 Esta es la traducción que tomó Castillo Farreras de la *Relación de Tultitlán*. Víctor M. Castillo Farreras, “Unidades nahuas de medida”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 10, 1972, p. 213.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78577>

50 Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, en *Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Obras Históricas*, Tomo II, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 92-93

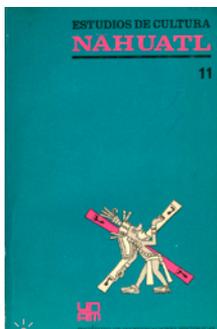
51 Víctor M. Castillo Farreras, “Unidades nahuas de medida”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 10, 1972, p. 213.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78577>

52 *Ibíd.*, p. 213-214.

53 *Ibíd.*, p. 216.

54 *Ibíd.*, p. 223.



Registrar para comprender: la relación tepepulca

Víctor M. Castillo Farreras, “Relación tepepulca de los señores de México Tenochtitlan y de Acolhuan”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 11, 1974, p. 183-226.

<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78490>

Castillo Farreras se tomó dos años para publicar el siguiente texto. En 1974 se enfocó a escudriñar los registros de otra fuente sahaduntina, antecesora del *Florentino*, que desafió la lectura interpretativa que el seráfico fraile terminó por validar tras su estancia en Tlatelolco: La “relación tepepulca” contenida en el *Códice Matritense*, también llamado como los *Primeros memoriales* de fray Bernardino de Sahagún.

Como es sabido, dicho franciscano estuvo en Tepeapulco, actual estado de Hidalgo, pasada la mitad del siglo XVI, aproximadamente 35 o 40 años después de la derrota mexicana tenochca en Tlatelolco. Durante su estancia en esta localidad, Sahagún se dedicó a registrar la información que los pobladores tepeapulcas, sobrevivientes en segunda o tercera generación a las guerras de conquista castellanas, le dieron sobre la composición de la cultura nahua, de su población y de los más diversos aspectos de dominio del territorio.

Muchas de las omisiones, contradicciones e, inclusive, insinuaciones que Sahagún registró “tempranamente” en Tepeapulco, serán temas con los que el fraile evangelizador trabajará en los siguientes años para redactar su parecer final tanto en el *Códice Florentino*, como en su *Historia General de las cosas de Nueva España*. Para este artículo en particular, Castillo Farreras utilizará la información sobre los registros calendáricos, de gobierno, y de representación pictográfica contenidos en las fojas 51 recto a 53 verso de los *Primeros memoriales*, y en los capítulos primero, tercero y cuarto de las ya mencionadas obras finales sahaduntinas.⁵⁵

En primer término, Castillo vuelve nuevamente sobre su latente preocupación con respecto a las disparidades del registro calendárico y su correlación con el calendario europeo. En los manuscritos tepeapulcas, el registro finaliza en *Ome acatl*

⁵⁵ Víctor M. Castillo Farreras, “Relación tepepulca de los señores de México Tenochtitlan y de Acolhuan”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 11, 1974, p. 183-184.

(2-caña), siendo este el año de 1559; aunque en el *Florentino* y en la *Historia General* esto queda fijado para 1560.⁵⁶

Una posible respuesta nuevamente está inscrita en las limitantes que el “pensamiento temprano” del franciscano tuvo para con el cálculo del tiempo mesoamericano (dada la imposibilidad de establecer una correlación directa de inicio de “ciclos” anuales entre el calendario nahua y el europeo).⁵⁷ Por otro lado, no hay que perder de vista que el fraile recibió estas informaciones de otros nahuas tepeapulcas, por lo que posiblemente esto se convirtió en un tema que decidió dar por acabado en una homologación temporal que Sahagún registró en sus obras finales, fijando 1560 como el límite de sus registros de gobierno para esta fracción territorial del altiplano.

En segundo lugar, en este artículo el historiador se enfrenta a discutir el problema de la “verificabilidad” de la información: ¿es un manuscrito más temprano de mayor confiabilidad? En este caso específico, y por razones que detallaré más adelante, Castillo responde afirmativamente, aunque queda de por medio polemizar sobre adscripción cultural en la que se encuentra y, por ende, en el manejo de los datos históricos. En efecto, los nahuas tepeapulcas responden a otra lógica de intereses, pues precisaron detalles sobre el complejo político (y económico) mexicana tenochca. Esto no supuso una confusión menor para Sahagún, como acontece en la correlación de años para el gobierno de Acamapichtli (posiblemente confundiéndolo con *huehue* Acamapichtli de Colhuacan).⁵⁸ Pero también es cierto que en los *Primeros memoriales* se omitieron (¿deliberadamente?) los datos tlatelolcas. He aquí de nuevo una discusión no menor sobre la intencionalidad del registro.

En una tercera posición analítica, y no por ello menos cuidadosa, Castillo se ocupó de analizar las representaciones gráficas de los registros políticos de los gobernantes enlistados, identificándolos con una tradición pictórica mucho más cercana al cuidadoso, y significativo, detalle de los antiguos *tlacuilos* nahuas mesoamericanos. Una composición gráfica, glosada también por un náhuatl alfabetizado, hace que Castillo considere a estos registros como autoridad en la enunciación de las características enlistadas para los centros políticos de Tenochtitlan y Tetzaco. ⁵⁹

⁵⁶ *Ibíd.* p. 184.

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 185.

⁵⁸ *Ibíd.* p. 185-186.

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 189-190.

Este trabajo sobre la *relación tepapulca*, la cual además se transcribe al final del artículo en español y náhuatl, demuestra la habilidad hermenéutica con la que el autor trabajó para demostrar la autoridad del registro. El audaz manejo del registro lingüístico alfabético y calendárico, la incisiva mirada sobre la composición gráfica y la erudición con la que el historiador propone el cotejo descriptivo de las fuentes son elementos centrales que habilitan al historiador a generar una prolija discusión en torno al momento del registro, a la “verificabilidad” interpretativa, y a la concepción cultural misma que produjo el manuscrito. Un eje de trabajo crucial que delinea la metódica crítica de fuentes empleada por Víctor M. Castillo Farreras.

Categorizar para pensar: el historiador y los manuscritos



Víctor M. Castillo Farreras, “Aspectos económicos en las fuentes de tradición indígena. Uso y aprovechamiento historiográfico”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 12, 1976, p. 155-164.

<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78474>

En 1976 Castillo Farreras realizó un artículo en el que reveló su forma de pensar las fuentes historiográficas para indagar sobre el modelo económico nahua prehispánico. Tal propósito seguramente resultó un tanto laborioso, por la difícil sistematización del registro histórico para la elaboración hipotética de cómo una sociedad prehispánica administró sus recursos. Esto debido a que el tema aparece siempre entrelazado con otros tópicos, como lo religioso o lo social, o era dejado de lado para imponer, muchas veces infructuosamente, modelos económicos europeos, por lo que las autoridades novohispanas debieron revisar constantemente el sistema previo para diseñar su control del territorio.

Con la idea de categorizar los manuscritos y asumir una metodología crítica más precisa, el historiador dividió las fuentes en a) códices o pictografías; b) textos en náhuatl o en español escritos por indígenas o mestizos; y c) textos compuestos por españoles conquistadores, misioneros o funcionarios reales.⁶⁰ Sin embargo, Castillo mismo problematiza sus categorías al enunciar que en varios casos de las últimas dos categorías, por ejemplo, mucha de la información registrada procede de informantes indígenas que se enfrentaron a la labor interpretativa de quien registró sus dichos en escritura alfabética, siempre con diferentes objetivos. Es decir, que no es la misma visión utilitarista la del fraile franciscano Bernardino de Sahagún, que la del oidor Alonso de Zurita. Tampoco será igual su atención al registro indígena.⁶¹

Por otro lado, Castillo Farreras hace notables observaciones con respecto a los trabajos sobre la economía prehispánica del Altiplano Central, ubicando las fuentes trabajadas por una selección de trabajos históricos (de los cuales la mayoría le eran contemporáneos) y cuantificando las fuentes que habían sido seleccionadas para

⁶⁰ Víctor M. Castillo Farreras, “Aspectos económicos en las fuentes de tradición indígena. Uso y aprovechamiento historiográfico”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 12, 1976, p. 156.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 157.

la elaboración de esas investigaciones.⁶² Según su cuidadosa observación, fueron treinta las fuentes de tradición indígena consultadas por más de uno de los diez autores seleccionados. Las menos referidas en aquellos años fueron los códices pictográficos (como la *Matrícula de tributos* o el *Códice mendocino*), y la mayor cantidad de citas las tuvieron textos elaborados por españoles.⁶³

Del conjunto de autores indígenas o mestizos destaca el uso, por los historiadores, de los textos de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, seguido de cerca por referencias a Chimalpain y Alvarado Tezozómoc. Por otro lado, las fuentes más usadas de autoría española fueron las realizadas por Hernán Cortés, así como el llamado *Códice Ramírez*, el cual circulaba en los estudios académicos desde tiempo atrás por la constante reimpresión de la edición de Manuel Orozco y Berra.

Por el contrario, el autor señala que obras como el testimonio de Cristóbal del Castillo y la muy conocida *Historia tolteca chichimeca* fueron poco utilizadas. Víctor Castillo explica estas omisiones, que afectan también a las fuentes pictóricas, debido a las limitantes en la comprensión del sistema de registro nahua, al tipo de ediciones, así como a la poca disponibilidad de consulta de las fuentes de tradición indígena.⁶⁴ Es notable la atención que Castillo dio a la falta de sistematización del conocimiento sobre el manejo del lenguaje en los manuscritos nahuas, tanto en lo pictórico como en lo alfabético.

No obstante, Castillo Farreras también señala que en múltiples ocasiones los investigadores cometen el error de descartar fuentes para sus trabajos sólo por asumir, a partir de la lectura de los títulos de las obras coloniales, su temática. Aunque varias de ellas enuncian temas particulares, muchas también contienen información útil para entender el funcionamiento de la economía prehispánica. Tal es caso de la *Breve relación de los dioses y ritos de la gentilidad*, de Pedro Ponce de León, o el interesante y problemático *Tratado de las supersticiones* de Hernando Ruiz de Alarcón.⁶⁵ Además, Castillo llama la atención sobre el modelo de pensamiento que opera en las relaciones económicas de una sociedad, elemento que ya había enunciado en su

62 Se trata de trabajos de Manuel M. Moreno, Miguel Acosta Saignes, Arturo Monzón, Friedrich Katz, Alfonso Caso, Alfredo López Austin, Miguel León-Portilla, Jaime Litvak King, Víctor M. Castillo Farreras y Ángel Palerm. *Ibíd.*, p. 158.

63 *Ibíd.*, p. 159.

64 *Ibíd.* p. 159-160.

65 *Ibíd.* p. 160.

artículo sobre los sistemas de medidas nahuas: “lo conveniente, lo recto”, lo cual está expresado con claridad en fuentes como los *huehuetlahtolli*.⁶⁶

En este artículo de Castillo Farreras resulta intrigante observar cómo opera en los estudios históricos una forma de pensar las fuentes, muchas veces por su título (condicionado a la atención de la edición o al interés del estudioso), en otras ocasiones por la barrera interpretativa de lo registrado (el caso de los registros pictóricos), o a una traducción cuidadosa y bien fundamentada (en relación con el idioma náhuatl vertido en caracteres alfabéticos).

Esta atención que problematiza, tanto la categorización de las fuentes, como su uso en los estudios contemporáneos a Castillo, seguramente despertó apasionadas inquietudes con respecto a los métodos de acceso a las fuentes y a las estrategias interpretativas que se empleaban en la crítica de fuentes de los años setenta. Importante es también la valoración que el historiador hizo con respecto a la procedencia del registro de ese pasado, un tema que algunos años más tarde ocuparía sendas polémicas entre historiadores del pasado mesoamericano ante el ocaso del siglo XX y la infatigable tentación conmemorativa de los “centenarios”.

66 *Ibidem*.

Epílogo: el aporte histórico como encomienda intelectual

1972 fue el año en el que el historiador Víctor M. Castillo Farreras publicó el libro *Estructura económica de la sociedad mexicana según las fuentes documentales*.⁶⁷ En este título, el autor dejó constancia de su interés teórico: escudriñar en todos los elementos significativos posibles, para generar una sólida interpretación estructural del pensamiento económico de la sociedad mexicana prehispánica.

En la presentación del trabajo, el autor asumió las unidades de análisis de su método interpretativo para la argumentación de sus hipótesis con respecto al pasado: las fuentes escritas y, en determinadas circunstancias, las tradiciones orales que le permitieran aproximarse a pensar el comportamiento humano. Si bien no desdeñó otros aportes, su atención se dirigía a la modelación de la palabra: la forma en que la estructura material era pensada, regulada e inscrita en el código cultural nahua. Esta apuesta resultaba por demás interesante, pues se orientaba a la necesidad de marcos de referencia que desentrañasen el significado cultural prehispánico nahua y que identificasen las “hibridaciones” o, si se quiere, las superposiciones de conceptos y categorías que procedieran del pensamiento europeo.

Una revisión de este libro, y de sus artículos publicados en *Estudios de Cultura Náhuatl*, develan una insistente laboriosidad que un joven Víctor M. Castillo Farreras encontró para centrar sus esfuerzos intelectuales: interesarse en sistematizar conceptos y categorías en un marco cultural que le permitiera estudiar el pasado nahua.

Su atención a la tipología de fuentes, a los métodos hermenéuticos de lectura que consideraran el lugar –físico y social– de la producción de las obras, así como a los códigos internos que les daban coherencia narrativa a los manuscritos, hicieron de su práctica histórica un modelo ejemplar en la construcción del conocimiento sobre el pasado.

Su legado intelectual, profundo e inspirador, se sostiene en la necesidad de un diálogo transdisciplinar constante y consistente, siempre con la intención de profundizar en estrategias heurísticas que inspiren argumentos sólidos en la explicación de los fenómenos culturales. De ahí que su rigor analítico, expresado en sus formas de posicionarse frente al problema de escudriñar el pasado, siempre tomaba

67 Víctor M. Castillo Farreras, *Estructura económica de la sociedad mexicana según las fuentes documentales*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972.

partida por la problematización del idioma, por su fijación narrativa, sin deslindarse de la realidad material concreta y de las normativas que una sociedad –en este caso la nahua– consolidó para administrarse. Es decir, una suma de variables que dieran cuenta, de la manera más profusa posible, del conflicto tratado.

Además, resulta evidente la vigencia de sus estudios en relación con lo que hasta hoy día sabemos del mundo náhuatl prehispánico. Los prolijos debates en torno a las maneras de pensar y medir el tiempo entre los nahuas, particularmente sobre el uso del año bisiesto, se mantienen vigentes en el quehacer cotidiano de la disciplina historiográfica.⁶⁸ Así, elementos tan puntuales como la problematización en torno a las formas de negociar el conflicto político, los sistemas de pensamiento en que los pueblos mesoamericanos basaron la construcción de sus caminos, y las diferentes unidades de medida para el mundo náhuatl, siguen siendo ejes que despiertan apasionadas polémicas sobre los métodos utilizados para exponer los criterios bajo los que reflexionamos sobre el pasado prehispánico. Esto teniendo claridad, además, con respecto a nuestros límites interpretativos para con la escritura alfabética de un náhuatl que fue creado para ser inteligible, práctico e incorporable para el dominio ideológico virreinal.

Por otro lado, no puedo obviar su perspicaz mirada en la correlación de sus lecturas, siempre documentadas, y su insistencia en observar desde la amplitud, sin perder la minuciosidad del argumento. Concentró sus esfuerzos en construir los cimientos de sus enunciados para darle sentido al dato cuidadosamente seccionado de una totalidad narrativa, sin demeritar la intencionalidad del registro autoral que condensaba en su escritura su manera de observar, interesarse e incidir en el mundo.

Sin duda, se echa de menos su palabra que exigía entereza y, a la vez, una duda metódica consciente. Pero su legado perdura, inspirando siempre el compromiso intelectual con los estudios históricos del pasado prehispánico. Quedan aquí entonces sus centelleantes ideas para animar la curiosidad de quienes apenas comienzan en nuestra disciplina. También quedan aquí vigentes sus preocupaciones y enseñanzas. Quedan resonando en los pasillos del instituto y de la facultad la pasión de sus ideas. Queda entonces su figura más allá de la ausencia, ya que está entre nosotros su coherencia viva. Hasta siempre, profesor Víctor M. Castillo Farreras.

68 Una de las tendencias con la que los estudios mesoamericanos polemizan las formas de medir el tiempo entre los nahuas en los últimos cincuenta años se encuentra en la propuesta de desfase que hace el investigador Michel Graulich. Véase “Les origines classiques du calendrier rituel mexicain”, *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 20, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos (Cedla), pp. 3-16.

Artículos comentados

Castillo Farreras, Víctor M., *Estructura económica de la sociedad mexicana según las fuentes documentales*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972.

 <https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/estructura/documentales.html>

Castillo Farreras, Víctor M., “Bibliografía náhuatl: 1960-1965”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 6, 1966, p. 227-261.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/issue/view/5861/264>

Castillo Farreras, Víctor M., “Caminos del mundo náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 7, 1968, p. 175-187.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78543>

Castillo Farreras, Víctor M., “El bisiesto náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 9, 1971, p. 75-104.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78528>

Castillo Farreras, Víctor M., “Relación tepapulca de los señores de México Tenochtitlan y de Acolhuan”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 11, 1974, p. 183-226.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78490>

Castillo Farreras, Víctor M., “Unidades nahuas de medida”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 10, 1972, p. 175-223.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78577>

Castillo Farreras, Víctor M., “Aspectos económicos en las fuentes de tradición indígena. Uso y aprovechamiento historiográfico”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 12, 1976, p. 155-164.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78474>

Castillo Farreras, Víctor M., “Un preámbulo a la guerra de Azcapotzalco”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 7, 1967, p. 211-223.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78559>

Castillo Farreras, Víctor M., Karen Dakin y Roberto Moreno, “Las partículas del náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 6, 1966, p. 187-210.

 <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78577>

Bibliografía

- Acosta, Jorge, “La decimotercera temporada de exploración en Tula, Hidalgo”, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, col. XVI, núm. 45, México, 1964, p. 45-76.
- Acosta, Jorge, *El palacio de Quetzalpapalotl*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964.
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, “Historia de la nación chichimeca”, en Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. *Obras Históricas*, Tomo II, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 92-93
- Battcock, Clementina “Aspectos simbólicos, representaciones y significaciones de las diferentes muertes de Maxtla: una propuesta de análisis”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 40, enero- junio 2009, pp. 215-234.
<https://www.revistas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/17824> .
- Battcock, Clementina y Jhonnatan Zavala, “Robert H. Barlow y sus estudiantes: memorias andantes de un archivo vital sobre la formación antropológica en México”, *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, Argentina, vol. 12, núm. 2, 2022.
<https://journals.openedition.org/corpusarchivos/5812>
- Benjamin, Walter, *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia y política*, Introducción y traducción de Bolívar Echeverría, Ciudad de México, Editorial Itaca, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.
- Benveniste, Emile, “El lenguaje y la experiencia humana”, en *Problemas de Lingüística General*, México, Siglo XXI Editores, 1999, pp. 70-81.
- Bernal, Ignacio, “Publicaciones recientes de códices mexicanos”, *Cuadernos Americanos*, vol. 135, n. 4, México, 1964, p. 206-209.
- Bernal, Ignacio, *Bibliografía de arqueología y etnografía de Mesoamérica y Norte de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962.
- Caso, Alfonso, “Representaciones de hongos en los códices”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. VI, 1963, p. 27-35.
- Caso, Alfonso, *El pueblo del Sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Carbonell Camós, Eliseu, “Malinowski: el cómputo del tiempo como reflejo de las condiciones ecológicas”, *Debates acerca de la antropología del tiempo, Estudios d’antropología social i cultural*, 10, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona, 2004, p. 37-43.
- Castillo Farreras, Víctor M., “Los manuscritos de París”, *Manuscritos mexicanos perdidos y recuperados*, Clementina Battcock, Rodrigo Martínez Baracs y Salvador Rueda Smithers (coords.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2019, p. 79-92.

- Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón, *Diferentes historias originales*, f. 90v-94r. Tomado de *Das Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan, and weitere ausgewählte Teile aus deu Diferentes historias originales* (Ms. Mexigain N° 74, Paris), aztekischer Text mit deutscher Übersetzung von Welter Lehmann and Gerd Kutscher, Stuttgart. W. Kohlhammer Verlag, 1958, p. 155-162.
- Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón, *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, ed., estudio, paleografía, versión del náhuatl, notas, cuadros, índice analítico y map. de Víctor M. Castillo Farreras, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991.
<https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/memorial/culhuacan.html>
- Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón, *Primer amoxtli libro. 3ª Relación de las Différentes Histoires Originales*, ed., estudio, paleografía, versión del náhuatl y reproducción de glifos de Víctor M. Castillo Farreras, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997.
<https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/329/amoxtli.html>
- Clavijero, Francisco Javier, *Historia Antigua de México*, edición y prólogo de Mariano Cuevas, edición del original escrito en castellano por el autor, México, Editorial Porrúa, 1964.
- Códice Borgia*, comentarios de E. Seler, 3 vols., Fondo de Cultura Económica, 1963.
- Códice Laud*, introducción, selección y notas por Carlos Martínez Marín, edición fototípica en blanco y negra, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1961.
- Collinwood, R. G., “Epilegómenos”, *Idea de Historia*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Davletshin, Albert, y Alfonso Lacadena García-Gallo, “Signos numéricos y registros de cuenta en la escritura jeroglífica náhuatl”, *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 49, pp. 301-328.
<https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/64973>
- Emiliano, Jerónimo, “Los cantares mexicanos y el problema de la traducción en las lenguas indígenas”, *Página Salmón*, no. 11, mayo-julio 2019.
<https://paginasalmon.com/2019/07/24/los-cantares-mexicanos-y-el-problema-de-la-traducion-en-las-literaturas-indigenas-por-jeronimo-emiliano/>
- Fuente, Julio de la, y Bronislaw Malinowski, *La economía de un sistema de mercados en México*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1957, p. 120.
- García Quintana, María José, “Paleografía y traducción del décimo tercer capítulo del libro I del *Códice florentino* que trata del dios Xiuhtecuhli”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. XLVII, 2014.
<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/77745>
- Graulich, Michel, “Les origines classiques du calendrier rituel mexicain”, *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 20, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos (Cedla), pp. 3-16.

- “Homenaje a Víctor Manuel Castillo Farreras”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 61, 2021, p. 15- 37.
<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/issue/view/5835>
- León-Portilla, Miguel, “II. El Vocabulario de fray Alonso de Molina”, *Obras de Miguel León Portilla*. Tomo VI. Lingüística, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545/545_05_03_vocabulario.pdf
- López Austin, Alfredo, “Términos del *nahuatlahtolli*”, *Historia Mexicana*, V, XVII, núm. 1, 1967, p. 13, 28.
- Palerm, Ángel, *Antropología y Marxismo*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Iberoamericana, Universidad Autónoma Metropolitana, 2008.
https://www.ciesas.edu.mx/publicaciones/clasicos/Libros_CCA/antropologiaymarxismo.pdf
- Pastrana Flores, Miguel, “La *pochtecáyotl*”, *Noticonquista*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.
<http://www.noticonquista.unam.mx/amoxthli/2473/2470>
- Torquemada, Juan de, *Monarquía Indiana*, selección, introducción y notas de Miguel León-Portilla, México, UNAM, 1963.
- Zurita, Alonso de, *Breve y Sumaria Relación de los Señores de la Nueva España*, prólogo de Joaquín Ramírez Cabañas, México, UNAM, 1963

4	Introducción
6	Víctor M. Castillo Ferreras: abreviar los senderos de un legado
10	Conocer la lengua: hacer historia desde el náhuatl
13	Procurar el estado del arte: la “bibliografía náhuatl” de los 60’s
16	Repensar la semántica de lo inaugural: Chimalpain, la guerra y Azcapotzalco
18	Desafiar el <i>corpus</i>: los caminos nahuas en la obra sahaguntina
21	Polemizar las maneras de pensar el tiempo: el bisiesto náhuatl
26	La modelación intelectual de lo corpóreo: las unidades nahuas de medida
29	Registrar para comprender: la relación tepepulca
32	Categorizar para pensar: el historiador y los manuscritos
35	Epílogo: el aporte histórico como encomienda intelectual
37	Artículos comentados
38	Bibliografía

Víctor M. Castillo Ferreras

Los caminos del mundo náhuatl

de Clementina Battcock

Fue editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM en de agosto de 2024.

La formación y el cuidado de edición estuvieron a cargo de Ónix Acevedo Frómeta.

servorum tuorum.



HECHO EN HISTÓRICAS es una colección de antologías de la obra de académicas y académicos destacados que formaron parte del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Cada volumen está a cargo de un especialista, quien selecciona los trabajos y elabora un prólogo donde se reflexiona sobre los textos compilados. También se analiza la relevancia de sus aportes, en el marco general de la producción académica de la autora o autor estudiado, y su trascendencia para quienes los leen hoy.

Víctor M. Castillo Farreras. Los caminos del mundo náhuatl de Clementina Battcock ofrece, a partir de la revisión de ocho artículos publicados entre 1966 y 1976 en la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, un análisis puntual de la obra de este celoso historiador de la lengua, la economía, el calendario y las fuentes nahuas. Los textos comentados, disponibles en acceso abierto, dan cuenta de su legado intelectual, sus reflexiones historiográficas y su interpretación crítica de manuscritos nahuas.



historicas.unam.mx

Versión: 10 / 12 / 2024

ISBN 978-607-30-9848-9



9 786073 098489 >